

Heridas del viento

Crónicas armenias

VIRGINIA MENDOZA

PRÓLOGO DE ANDER IZAGIRRE



LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones



VIRGINIA MENDOZA

VALDEPEÑAS, 1987

Periodista y antropóloga, es licenciada en ambas disciplinas por la Universidad Miguel Hernández de Elche. Como recuerda la autora, dos caminos para hacer visibles historias humanas, solo separadas por el tiempo, y tal vez por ello protagonizan buena parte de su tarea como escritora. Ha publicado sus crónicas y reportajes en medios como *Jot Down*, *Frontera D*, *Píkara Magazine* o *El Puercoespín*, entre otros, y habitualmente lo hace en *Yorokobu*, *Altaïr*, *Ling* y *Plaza*. Es también autora de *Quién te cerrará los ojos. Historias de arraigo y soledad en la España rural* (Libros del K.O., 2017).

En 2013 se desplazó a Armenia para trabajar en un proyecto sobre minorías étnicas en el marco del Servicio Voluntario Europeo. El país caucásico le atrapó de tal manera que continuó viviendo en Ereván, a la vez que no dejó de viajar para extraer historias durante un año y medio destinadas a varios medios de prensa. Visitó las zonas rurales alejadas del país, hizo incursiones por Georgia y Nagorno Karabaj y creó su blog «Cuaderno armenio» a modo de diario. Fruto de esta pasión confesa fue su libro *Heridas del viento. Crónicas armenias con manchas de jugo de granada*, autoeditado en 2015 y recuperado ahora para llegar a un mayor público lector. El mosaico de textos que lo componen ha sido revisado y actualizado para esta nueva edición.



Heridas del viento

Crónicas armenias

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

Título de esta edición: *Heridas del viento. Crónicas armenias*
Título de la edición original: *Heridas del viento. Crónicas armenias
con manchas de jugo de granada*

Primera edición en LA LÍNEA DEL HORIZONTE Ediciones: octubre de 2018
© de esta edición: LA LÍNEA DEL HORIZONTE Ediciones, 2018
www.lalineadelhorizonte.com | info@lalineadelhorizonte.com

© del texto: Virginia Mendoza, 2015
© del prólogo: Ander Izagirre, 2015

© de la maquetación y el diseño gráfico:
Víctor Montalbán | Montalbán Estudio Gráfico
© de la maquetación y versión digital: Valentín Pérez Venzalá

© de las fotografías de interior: ale_speciale (pág 12); origen desconocido
(pág 100); Virginia Mendoza (págs 22, 174 y 218)

Depósito Legal: M-31520-2018
ISBN: 978-84-15958-92-5 | IBIC: DNJ; 1DVUR
Imprime: Estugraf | Impreso en España | Printed in Spain

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

HERIDAS DEL VIENTO

CRÓNICAS ARMENIAS

-

VIRGINIA MENDOZA

-

PRÓLOGO
DE ANDER IZAGIRRE

-

COLECCIÓN
FUERA DE SÍ. CONTEMPORÁNEOS
Nº11

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

ÍNDICE

Nota a esta edición	(15)
Todo empezó aquí por Ander Izagirre	(17)
SILENCIOS	(23)
El volcán dormido que se convirtió en sueño	(24)
El paraíso tras el último peldaño	(28)
Los idiomas (a veces) están sobrevalorados	(37)
El destino es lo de menos	(43)
Sacrificio en Geghard	(50)
La leche que salva	(53)
Los adoradores del pavo real	(71)
Un pueblo para la guerra	(87)
Donde el pueblo se hace pueblo	(93)
VOCES	(101)
La voz de Emma: «Tuvimos mala suerte»	(102)
Los tatuajes de Amam	(106)
Verghine, madre negada	(111)
Sobrevivir	(115)
El matrimonio que celebra el aniversario de Jachaturian	(136)
La voz de Haykaz: «Estamos bien en el campo de batalla»	(143)
La vida entre ratas y serpientes	(146)
Lo mismo, pero al revés	(169)

ESTELAS	(175)
Su barba, su revolución	(176)
Hacia las entrañas del mundo	(186)
La niña que vino a terminar el mundo	(191)
Una cenicienta de cinco mil quinientos años	(194)
Poeta del cementerio	(199)
Un místico sobre patines	(204)
Un mundo pagano en la buhardilla	(212)
LÍNEAS	(219)
Un país imaginario	(220)
El bombardeo que parecía un juego	(226)
Nació humano	(237)
Un memorial oculto para un genocidio silenciado	(251)
LECTURAS PARA ACERCARSE A ARMENIA	(254)
AGRADECIMIENTOS	(257)



A mi abuelo Norberto,
que me habló de los armenios en sueños
sin saber que me enviaba a buscarlos en avión.

NOTA A ESTA EDICIÓN

En el sueño, dice, somos más permeables a la idea de lo imposible y los fantasmas se aprovechan de este instante de debilidad en el que lo real tiembla y se extingue como la llama de una vela golpeada por el viento.

La velocidad de las cosas

RODRIGO FRESÁN

Este libro es un duelo. Tan intenso como el nombre que le dieron a ese tipo de ausencia. El día que se materializó, dejé de soñar con el incitador onírico y fantasmal de un viaje de año y medio que en realidad no ha acabado.

Cada vez que recibo un mensaje de un desconocido que acaba de comprar un billete a Armenia o me informa de que partirá con estas páginas en su mochila, no puedo dejar de pensar que mi abuelo sigue un poco vivo y que viaja. Y yo, con él. Tras leer alguno de esos mensajes, yo también he corrido a comprar un billete a ese lugar que desde 2013 llamo casa.

Cuando publiqué este libro por primera vez, algunos lectores esperaban una historia lineal. Creo que quienes llegaron a las últimas páginas entendieron que trata de un lugar en el que lo mejor que a uno le puede pasar es perderse sin saber si llegará a su destino. En honor a Armenia, solo podía reunir una serie de historias desordenadas que ahora reaparecen revisadas, corregidas, sutilmente ampliadas y acompañadas de algunas fotografías que tomé allí. Quien las cuenta llegó a Ereván de madrugada y no podía salir del aeropuerto porque la

pegatina de su maleta y su cara se contradecían: evidentemente, no era el señor Petrosyan. También escuchó la Salve Rociera bajo su ventana soviética, vio cómo un taxista rezaba por su alma mientras soltaba el volante para sujetar la Biblia y tuvo que mojar vaca cocida en café. No esperen orden. No esperen lógica. Esto es el Cáucaso.

Mircea Cartarescu escribió en *Nostalgia*: «Por supuesto, dicen que el escritor pierde por cada sueño un lector, que los sueños resultan aburridos en una historia, no son sino un método antiguo de *mise en abyme*». Pero yo no voy a contar un sueño. O sí: Armenia me salvó, y fue gracias a un sueño. Y está aquí.

Terrinches (Ciudad Real), 16 de septiembre de 2018

TODO EMPEZÓ AQUÍ

Cuenta Virginia Mendoza que su abuelo muerto se le apareció en sueños y le dijo que él había nacido en la calle de los Armenios. En realidad, el abuelo había nacido en la calle del Aire, en Terrinches (Ciudad Real), y Virginia creyó que esa aparición era una señal para viajar a Armenia. A mí me parece que ese sueño le daba también otro mensaje: que escuchara a los viejos. Ella lo ha obedecido siempre.

Mendoza estaba pendiente de una respuesta, para saber si la aceptaban en un programa europeo que investigaba las culturas de las minorías étnicas de Armenia, «el único país actual grabado en el mapa más antiguo del mundo». El abuelo se le apareció en sueños y, como es posible que los muertos tengan contactos con la Comisión Europea, pocas horas después llegó también el correo electrónico con la respuesta afirmativa. Mendoza voló a Erevan y se sintió en un planeta remoto, extraño y sugerente, como muestran las historias del primer bloque de este libro, escritos con esa conciencia tan viva de ser una alienígena que empezaba a descifrar los primeros signos: el alfabeto, la montaña que es símbolo, los versos traducidos de los poetas, los cementerios, las mesas rebosantes de comida para el forastero. Llénale la barriga al desconocido y ya te dirá a qué viene, piensan en aquel país. Las familias armenias llenaban la barriga de Mendoza con patatas fritas con cilantro, salchichas, pepino, queso y confitura mientras ella deambulaba por el país, mientras aceptaba que su ruta sería aquella que le marcara por ejemplo una vaca, mientras tomaba caminos equivocados, porque esos caminos azarosos eran los que le interesaban, los que le llevaban hasta niños

con una cruz de sangre trazada en la frente. Después de unas pocas exploraciones, Mendoza decidió enseguida que ella era «muy armenia».

Gustave Flaubert defendió que la nacionalidad debía asignarse no por el lugar de nacimiento sino por los lugares que nos atraían a cada uno. Él renegó de la Francia burguesa, reglamentada y aburrida, viajó a Egipto y quedó maravillado con el bullicio de los puertos, el caos de los zocos, incluso con el burro que cagaba en la plaza donde él tomaba café. Para Flaubert la vida era caótica, impura, sucia, sensual, y las tentativas civilizadas por instaurar el orden implicaban «una negación censuradora y mojigata de nuestra condición». Egipto alentaba modos de vida que sintonizaban con la identidad de Flaubert, valores que eran reprimidos en la sociedad francesa.

Mendoza describe un país de gente humilde, hospitalaria, nostálgica, bondadosa y, vamos a decirlo, es-trambótica. Lo describe con asombro, ternura, humor, y poco a poco, según avanza el libro, lo va haciendo cada vez más suyo.

Hay un empeño muy fuerte entre los armenios, que coincide con un empeño muy fuerte de Mendoza: rescatar las historias. Recordar, conservar el pasado, fijar una identidad, para no disolverse del todo en las corrientes con las que la historia ha destruido Armenia una y otra vez. Ser armenio es echar de menos: echan de menos el monte Ararat, echan de menos dos mares, echan de menos las aldeas de las que fueron expulsados durante el genocidio perpetrado por los turcos, echan de menos a los parientes que fueron masacrados o desperdigados más allá de otras fronteras nuevas. El libro rescata algunas historias viejas a punto de perderse y otras historias nuevas que parece que ni se iban a registrar: las mujeres que fueron tatuadas como ganado y utilizadas como

esclavas sexuales por los turcos, el soldado que mandó cartas bajo las bombas de la Segunda Guerra Mundial y nunca volvió, las familias que viven en casetas veintisiete años después del terremoto que devastó el país, el borracho que subió a una azotea para narrar el bombardeo de una de tantas guerras caucásicas posteriores a la desintegración soviética, la generación de los niños que preguntan si reírse es bueno.

Qué es sobrevivir, se pregunta este libro. Mendoza se acerca a los supervivientes y descubre que sobrevivieron pero no, pero bueno, pero casi. Ellos, ellas, no quieren hablar del genocidio. Están hartos de que a los visitantes solo les interesen sus heridas, las deformidades de su biografía, como si fueran monstruos de feria. Lo bueno es que a Mendoza le interesan las vidas completas en sus más mínimos detalles, comparte las horas con los protagonistas de sus textos, los acompaña en las casas y en los caminos, observa sus manos viejas que pelan y asan berenjenas, bebe vodka con ellos, escucha historias de amor, chistes, canciones, enfados, rezos. Entonces sí, de manera natural, empiezan a hablarle del genocidio, porque el genocidio ya es una parte de una vida que Mendoza ha escuchado completa, una vida a la que así se le hace justicia. Gracias a esa paciencia, Mendoza descubre una respuesta sencilla y poderosa, apenas una escena para sugerir que la supervivencia quizás esté en el amor, en ese abuelo de ciento tres años que nunca bebía café y que aprendió a prepararlo para llevárselo todas las mañanas a la cama a su mujer, para hacerle reír a carcajadas con los chistes sobre su propia vejez, después de ochenta años casados, después de un genocidio.

Mendoza también comparte las horas con los cristianos molokanes —los bebedores de leche— con los yezidíes —nómadas zoroastrianos, adoradores del sol y a

veces del Athletic de Bilbao—, con la mujer que conserva en su casa a los dioses de la Armenia pagana, dioses viejos y cansados. Comparte las horas con un patinador místico, con la viuda del hombre que excavó un enorme laberinto vertical bajo su casa para refugiarse en las entrañas del mundo y hablar a las aguas subterráneas, con la arqueóloga que encontró el zapato más antiguo de la historia y que así refuerza «esa idea tan armenia de que todo empezó aquí».

Mendoza se interesa por las personas que se asoman a mundos extraños, personas que se mueven entre la investigación y la locura, el arte y el delirio, el estudio y la obsesión, y su respeto vuelve a ser fructífero: en las historias que cualquiera descartaría por disparatadas, o que cualquiera caricaturizaría por extravagantes, ella encuentra pepitas de oro. En las historias de los viejos, poco a poco, de detalle en detalle, va profundizando hasta los sedimentos antiguos y reveladores. Allí encuentra perlas de sabiduría que nos dicen algo a todos. Quizá no se dé cuenta, pero Mendoza se convierte en una de ellos: en alguien que investiga y se obsesiona, en alguien que conserva y narra. Si Mendoza es muy armenia, no es porque crea que todo empezó en ese país, sino porque rescata las historias, los saberes y las ideas de los viejos, de nuestras abuelas, de nuestros abuelos más lejanos, porque sabe que todo empezó con ellos.

ANDER IZAGIRRE



SILENCIOS

silencio.

2. m. Falta de ruido. El silencio de los bosques,
del claustro, de la noche.

DRAE

Ruido se hace para espantar el tiempo,
Para apurarlo.

TOMÁS TRANSTRÖMER

EL VOLCÁN DORMIDO QUE SE CONVIRTIÓ EN SUEÑO

Permitan a todas las naciones alcanzar la luna,
pero a los armenios el Ararat.

HOVHANNES SHIRAZ

Armenia es su silencio. La misma nostalgia revelándose en millones de ojos. Esa que necesita dos lugares para nacer y solo uno para morir. Armenia sería un monte si ser armenio hoy no consistiese en añorar el Ararat, en contemplarlo al otro lado de una frontera o no haberlo visto nunca. Lo propio y lo ajeno queda aquí reflejado en dos cumbres, Masis y Sis, que se clavan en el cielo.

El Ararat es tímido por la mañana. Se despereza con la paciencia de sus hijos en una tierra que siempre quiso arrugar el mapa y acercarse a Occidente. Aunque nunca se dejó contagiar por su prisa.

Desayunar ante el monte en el que, según la Biblia, habría quedado varada el Arca de Noé, no es algo trivial. A menudo, el monte se muestra etéreo y no deja alternativa a la espera tenaz. Así es como las cosas empiezan a merecer la pena. Lo supe la primera vez que intentamos darnos los buenos días en pleno amanecer en el monasterio de Jor Virap, junto a la frontera turca: el Ararat hay que ganárselo.

Desde casi cualquier rincón de Ereván, una mole de cinco mil metros se impone como una presencia protectora y sosegadora. Es un remanso de paz que surge de los edificios, allí donde empiezan las antenas. Pero merece la pena verlo tocar el suelo y, para eso, no hay mejor lugar en Armenia que el Monasterio de Jor Virap. Allí,

san Gregorio el Iluminador pasó trece años confinado en una mazmorra por extender el cristianismo en el lugar que se convirtió en el primer país cristiano de la historia, dando así nombre al monasterio: *Pozo Profundo*. Fue Terdat III, el mismo rey que le encarceló, quien aceptó el cristianismo como religión oficial en el año 301 y convirtió a Gregorio en el fundador y primer *Katolicós* de la Iglesia apostólica armenia.

La enemistad entre los padres de Gregorio y Terdat III llevó al rey a condenar a muerte al santo hasta doce veces. Dicen que de todas aquellas condenas se salvó gracias a la mediación de una mujer que cada día acudía a su mazmorra y le llevaba un pedazo de pan. Tristeza y desesperación llevaron al rey a aislarse en el bosque y, al borde de la licantropía, Gregorio le habría devuelto la cordura, tal y como la hermana del rey habría visto en sueños. Aquel *milagro* le salvó la vida dos veces: lo apartó de la muerte y le devolvió la libertad.

* * *

La segunda vez que fuimos a Jor Virap, el monte se dejó ver. Esta vez era algo más que dos picos imaginarios escondidos tras esa cortina de nubes, al otro lado de una de tantas fronteras que inventan los hombres para convenirse de que una parte del mundo es suya. De nadie más. Los imperios tienen la nociva costumbre de confundir la tierra con una tableta de chocolate que se reparten como niños en el patio de un colegio y la vieja Armenia fue la chocolatina de la que la Unión Soviética y Turquía disfrutaron en 1921, cuando el pedazo de avellana cayó en territorio turco.

Ante la imponente mole blanquecina, me sentí más cerca de los armenios que viven lejos de su paisaje

voluble. Comprendí su arraigo al lugar como representación del pasado; el apego al monte como ausencia. Ante mí se elevaba un símbolo nacional convertido en el sueño histórico de todo un pueblo. Ese sueño que se acerca a la realidad cuando los que nacen a sus pies buscan la identidad propia durante miles de años a pesar de que siguen siendo lo que fueron.

Todo ocurrió exactamente igual que lo describió Aleksandr Pushkin en su relato *El viaje a Azrum durante la campaña de 1829*. Distintas personas, en distintos momentos, en el mismo lugar, sintiendo e imaginando lo mismo. Sería un acierto que alguien lo llamase magia. Así lo escribió el poeta ruso:

En el cielo despejado blanqueaba, nevada, una montaña de dos cimas.

—¿Qué montaña es esa? —pregunté, desperezándome, y oí la respuesta:

—Es el Ararat.

¡Qué grande es el efecto de los sonidos! Miraba extasiado la montaña bíblica y veía el arca amarrada a su cima con una esperanza de renovación y vida; y al cuervo y la paloma, símbolos del castigo y de la reconciliación, los vi salir volando...

El 27 de septiembre de 1829, Jachatur Abovyan materializó el sueño de todo armenio: llegó al pico más alto del Ararat, Masis. A su libro *Heridas de Armenia* se le atribuyó la irrupción de la lengua armenia moderna en la literatura. Con cuarenta años, el poeta salió de su casa una noche de abril y nunca regresó. Varias hipótesis circularon de boca en boca, de folio en folio. «Soy la causa de la muerte de Abovyan», escribió Tigran Paskevichyan en la antología *Un idioma también es un incendio*.

Yeghishe Charents tenía su propia versión y escribió un poema titulado «Hacia el monte Masis». Hay algo en el Ararat que provoca que quien ha estado cerca de él nunca pueda olvidarlo. Ósip Mandelstam desarrolló tal apego al monte que, a su vuelta de Armenia, hablaba de un sexto sentido *araratino* que le unió a la montaña. Era previsible que alguien se aferrase a la idea de que Abovyan habría acudido a reunirse de nuevo con el Ararat y fue Charents quien lo hizo:

Solitario, se va otra vez
hacia la lejanía azul,
hacia el monte inalcanzable y majestuoso,
hacia la cumbre que su pueblo
ha considerado siempre el misterio de su existencia,
para saborear allí la paz eterna.

EL DESTINO ES LO DE MENOS

Y si te llevo por un camino equivocado, es porque tú así me lo has pedido desde el principio.

HENRIK NORDBRANDT

Las primeras gotas de un ensayo de diluvio humedecen una pequeña aldea. Caminamos con la convicción de llegar a Amberd, una fortaleza levantada en el siglo séptimo. Da igual: caminamos. Suele ocurrir que en Armenia importa menos el destino que el trayecto, y la distancia, por corta que sea en un país que los mapas prometen pequeño, siempre deviene eterna. Aquí las indicaciones son contingentes. No es que el extranjero se pierda con frecuencia: a menudo los armenios tampoco saben adónde irán a parar, pero su optimismo circulatorio los lanza a la aventura. Tampoco es una percepción precipitada: desde que vivo aquí, hay un momento común a todos mis viajes dentro del país que sucede, como mínimo, una vez.

El conductor realiza extrañas paradas. Duran poco. Nadie dice nada. A veces se hacen con la finalidad o la excusa de comprar vino casero en el sur o frutas del bosque en el norte. A veces se hacen para nada. Seguimos. El conductor avista una o varias personas. Para de nuevo. Pregunta. Si la suerte deja que los primeros interrogados conozcan el itinerario, el conductor busca un lugar en el que cambia de sentido y deshace camino. Algunos europeos procedentes de la Europa más occidental, que a menudo tienen prisa hasta cuando están de vacaciones, suelen reaccionar con enfados, a veces monumentales, tan absurdos que más de uno ha preferido abandonar el

vehículo alguna vez y quedarse en tierra. Yo, que en el fondo soy muy armenia, disfruto de estas situaciones y valoro más el lugar anhelado durante tantas horas. Las veces que llego, claro.

Si algo está por encima de mapas y planos en Armenia es la creación y fortalecimiento de lazos sociales. Lo primero solo puede lograrse interactuando con desconocidos y perderse suele ser una buena excusa para conocer gente en cualquier rincón del mundo.

También aquí.

Henrik Norbrandt dedicó un poemario a Armenia. Sus versos tejían una declaración de amor a un país olvidado por Occidente y por la Historia. El poeta levantó tres muros, decía: «Uno para que te encuentres con tu sombra / y otro para que te muestre el camino: el tercero no lo descubrirás / hasta que llegues». Y en ese mismo poema hablaba de los caminos equivocados en los que poco importa perderse y que se eligen con la esperanza de perderse.

* * *

En una aldea próxima a Amberd unos niños que juegan en un parque nos indican el camino a seguir mientras una ternera me mira fijamente a los ojos, cruza la carretera y se sitúa al inicio de un camino vuelta hacia nosotros. Y lo cierto es que los chavales nos han indicado la misma dirección en la que el animal comienza a caminar cuando cruzamos la carretera.

—La pequeña vaca será nuestra guía. ¡Seguidla! — digo, con una chaqueta vaquera sobre la cabeza que no me aporta ninguna credibilidad.

Uno de los niños nos acompaña hasta una tienda. La ternera se queda a mitad de camino. Al llegar, unos vecinos salen a nuestro encuentro; otros observan tras

el cristal. Un hombre de pelo blanco, camisa clara y un cigarrillo que parece que no se va a consumir nunca, nos dice que deshagamos camino, que no debemos abandonar el que llevábamos. «Tres kilómetros», dice. Perderse en Armenia y preguntar dónde está el destino suele provocar una asamblea popular en cuestión de segundos. Ya a lo lejos, si el errante se gira, puede ver cómo los vecinos todavía discuten para averiguar cuál ha dado la indicación adecuada. No importa cuánto se haya alejado de ellos ni lo poco que entienda de su idioma: sabe de qué discuten por sus gestos, e intuye la intensidad del parlamento en base al número de cigarrillos que se agitan sobre sus cabezas. Con las mujeres es difícil, porque ellas no fuman en la calle.

Llueve, pero todavía podemos seguir mojándonos durante tres kilómetros. O eso creemos. Empiezo a contar los pasos para no pensar en la lluvia y para olvidar que las distancias a pie siempre resultan más largas de lo que prometen. Mientras volvemos al camino que habíamos abandonado vemos que la ternera sigue donde se quedó. Nos mira con esa expresión tan bovina: indiferente, pero fija. Si las vacas hablasen, esta diría ahora: «Ya os lo dije yo, humanos».

* * *

La velocidad de nuestros pasos parece marcar la intensidad de la lluvia. Cascadas cabreadas bajo el puente que pisamos enfatizan la sensación olvidada de que nos estamos empapando y hemos de parar. ¿Dónde? Encontramos uno de esos camiones Lada convertidos en casa, tan comunes en Armenia, y aparece un hombre risueño con los sacrosantos dientes de oro, y otros tantos de menos, que nos ofrece refugio.

Una pequeña estufa con forma de silla infantil en la que hierve el café. Dos camas viejas. Un pantalón negro extendido sobre una de ellas. Baldosas apiladas en un rincón. Las paredes: a veces verde, a veces granate, a veces pedazos de papel con estampados antiguos que parecen arrancados a jirones durante un ataque de cólera. Una cortina de flores descoloridas parcialmente recogida. Una radio antigua estampada de mariposas. Una televisión que emite en tonos ochenteros. Ventanas que no dejan ver nada; por las que se intuye un verde y una lluvia que no acaban. No importa el aspecto, sino la función. Nada sobra y nada falta. Cuatro metros por dos. Suficiente.

Husik nos ofrece café y, con sus manos regordetas, corta enormes pedazos de queso casero. Dice que no vive aquí, que solo es su lugar de trabajo y que su casa está en Ereván. Semana sí, semana no, trabaja de manera ininterrumpida durante siete días. Su función es sencilla: solo tiene que levantar una barrera para franquear el paso a los coches de aquellos que quieren llegar a Amberd, principalmente turistas y, como él mismo dice, son más bien pocos. Pero ha de estar alerta día y noche. Su trabajo, como el de los gigantes Lahmu y Lahamu, como el de San Pedro o Caronte, consiste en esperar.

Nombre: Husik.

Residencia: la Nada.

Ocupación: esperador.

Jornada laboral: tantas horas como tarda la tierra en girar sobre sí misma siete veces seguidas.

—¿Tiene hijos?

—Tengo tres nietos. Viven en Ereván —dice mostrando tres dedos con orgullo de abuelo.

En Armenia casi todo es posible, pero tener nietos sin haber tenido hijos antes es algo que todavía no ha ocurrido. Creo. Aunque existe un apellido que sugiere tal posibilidad: Papikian significa *hijo del abuelo*. Al final Husik dice que tiene dos hijos, hombres, porque insisto en que algo no cuadra. Lo dice sin abandonar una sonrisa que le achina sus ojos pequeños y deja al descubierto el oro que le remata las encías.

Cuando la jornada de una semana sin descanso termina es el turno de su mujer, que esta semana está en Ereván y que el próximo lunes sustituirá a su marido.

Abandonamos la idea de llegar a Amberd cuando la lluvia aprieta y Husik nos dice que no faltan tres kilómetros, sino muchos más. La carretera se ha convertido en un torrente que sorteamos corriendo en zigzag mientras Husik permanece en la puerta de su camión-casa-oficina sin dejar de agitar la mano, dando una imagen de triste despedida. Encontrar a Husik ha sido más interesante de lo que nunca será una fortaleza medieval.

* * *

Mientras decidimos si pedimos un taxi o esperamos al próximo autobús, nos refugiamos en una pequeña tienda forrada de carteles publicitarios desgastados por el sol. Un niño de ojos azules y mallas de niña me reta constantemente a jugar a los pájaros tímidos mientras su hermano permanece a su lado, con una serenidad impropia de un niño de unos cuatro años, como si no existiese. Digo cucú porque todavía no sé que aquí se dice *chik*. Él me entiende y desaparece. Su madre, tan despeinada como triste, hace de escudo y se esfuerza por sonreír cada vez que miro al niño. Es una sonrisa que no ríe. Es como dar las gracias cuando ya no quieres hablar.

En la tienda solo hay galletas de varios tipos, dulces y saladas; café, dos cajas de caramelos casi vacías, unos veinte huevos, *tan* —yogur, agua y sal— embotellado o más bien un líquido semitransparente con un poso blanco por el que ya nadie pagaría si fuese leche y un precio escrito: cien drams. Y tabaco, mucho tabaco. Una vieja tele retransmite un programa distorsionado en blanco y negro. Habla una señora con unas ojeras que buscan el suelo.

Esperamos un taxi.

—Pero somos seis, ¿creéis que el taxista nos aceptará?

—Estamos en Armenia —aclara una oriunda y ya está todo dicho.

Llegamos a Ereván en un Mercedes de ventanas negras. Algo habitual que me pone un poco nerviosa cuando soy peatón, porque nunca veo la cara de quien está a punto de atropellarme. Pero es muy útil para disimular este tipo de situaciones en las que una persona acaba tumbada sobre cuatro para completar un tetris humano.

—Y aquí está Sevan —dice el taxista, señalando la carretera, relajado en pleno atasco.

Mientras, Ereván se convierte en una piscina de agua embarrada que imita al mar en un país sin mar.

Ya en casa, unos nudillos golpean la puerta con insistencia. Al otro lado, un hombre con boina gris, gabardina a juego y bastón, me deleita con lo que bien podría ser un recital poético particular, una maldición o una predicción apocalíptica que vendría a recordar que «estamos en los últimos días», como aseguraba la pareja de testigos de Jehová que me visitó hace un par de días. Sea lo que sea, lo dice con fruición, acompañado de un tic en el ojo izquierdo mientras afuera el cielo se hace pedazos. Cuando trato de intervenir, me corta en seco, clava

el bastón en el suelo, da media vuelta con mucha ceremonia aireando la parte trasera de su gabardina como lo haría una folclórica con bata de cola y, mostrando un cogote de polluelo, se dirige a la siguiente puerta.

Está todo dicho. Sea lo que sea. Ahora la testigo de Jehová a la que nadie escucha soy yo y estoy al otro lado de la puerta. Pero no se ha desnudado, que es lo que más temo cuando abro la puerta y me recibe alguien con una gabardina.

LA NIÑA QUE VINO A TERMINAR EL MUNDO

Hace un par de años vi dos soles.

WISŁAWA SZYMBORSKA

Sona dibuja soles a pares. «El mundo necesita más luz», dice, y se toma la licencia de dibujar dos soles en el mismo paisaje. Tiene dos años y medio y una obsesión temprana, un *horror vacui* desaforado: siempre falta algo y está en su mano terminar todo lo que el mundo deja a medias.

Un día decidió que uno de los cuadros que decoran las paredes de su casa también estaba incompleto. Con un rotulador azul comenzó a rayar un paisaje marítimo en el que apenas figuran unas gaviotas sobre un fondo de tonos morados.

—Estoy terminando el cuadro. No está acabado —alegó cuando su tía Anna la descubrió con las manos en la masa.

Pero, ¿qué le faltaba al cuadro?

—Pues más pájaros —explica contemplando con pena el paisaje vacío, después de que su tía consiguiese eliminar las marcas de rotulador permanente.

La mirada madura de Sona impide que su interlocutor le hable con esa voz absurda que a veces no podemos evitar ante un niño. Temo que me juzgue si lo hago, y me dirijo a ella como lo haría si hablase a una persona de mediana edad, sabiendo que agradecerá que mi tono de voz no cuestione su inteligencia.

La niña corre de la cocina al salón; coloca tazas, platos, cubiertos, bombones, caramelos y servilletas sobre la mesa mientras su abuela prepara el té. Sona vigi-

la que no falte nada hasta que una cadena de televisión rusa comienza a emitir su canción favorita. Entonces coge una silla a su medida, se sienta muy quieta y no pierde detalle del videoclip. Ese y dos momentos la abstraen hasta el extremo y entonces el mundo deja de existir: cuando abre Youtube en busca de dibujos animados y cuando empieza a dibujar. No importa quién hable ni lo que diga.

Sona no contesta.

Sona está en un mundo paralelo.

Cuando los dibujos animados terminen y la niña vuelva a tierra, empezará a practicar el nuevo idioma que ha inventado: una amalgama de ruso y armenio en el que cuesta adivinar cuándo empieza uno y cuándo termina el otro. Sona habla ruso con su madre y armenio con su padre; con el resto de su familia paterna, con la que vive, a menudo habla los dos idiomas a la vez.

Sona tiene muy claro lo que quiere ser de mayor y no duda un instante:

—Voy a ser Hayk.

Hayk es el patriarca fundador de Armenia, el tata-ranieto de Noé que derrotó al gigante Bel y de quien Armenia tomó el nombre con el que los armenios llaman a su tierra: Hayastán. Para los armenios, que se consideran *primos* de los vascos, Hayk es el abuelo de Aitor (traducen su nombre como «nieto de Hayk»). Hayk también es el nombre del padre de Sona.

—¿Quieres decir que de mayor te convertirás en Hayk o que serás como él?

—Voy a ser mi padre.

A estas alturas una capa uniforme de chocolate ya le cubre la cara y le amarra mechones de pelo contra los que se pelea para ver mejor sin mucho éxito.

Sona también dibuja dos ojos y una nariz fuera de una circunferencia. Dice que es su hermano Aleks, un bebé de apenas un mes que tiene los ojos saltones, pero no tanto. Cuando termina su inquietante retrato coge una goma y empieza a borrar las partes de la cara dispersas en el folio. Pero, según ella, lo que hace no es borrar, sino ejercer de hermana mayor:

—Estoy escondiendo a mi hermano para protegerlo.

El día que Sona llenó un folio de círculos muy simétricos su abuelo le preguntó qué dibujaba. Soles, claro. ¿Por qué tantos?, quiso saber su abuelo. «Porque afuera hace frío y llueve», dijo.

Cuando acaba su canción, Sona toma el té con parsimonia, con una pequeña cuchara que exprime con la boca como si contuviese la única gota después de una sed prolongada y emite ese sonido que se produce cuando los labios chocan y se separan. Como suena una botella de champán al descorcharla. ¡Pop!



El libro que tiene en sus manos se terminó de imprimir en el mes de octubre. Fueron días de viento, que dejaron en silencio la voz de Shahnourh Varenagh Aznavourian, el Héroe Nacional de Armenia, descendiente de una de las familias que sobrevivió al genocidio que tantas voces acalló, menos la suya. En este mes iba a cantar en Ereván, pero a Charles Aznavour, el armenio más famoso del siglo, le seguiremos escuchando cada vez que el persistente viento haga ondear la estela de la memoria.

COLECCIÓN FUERA DE SÍ

*Un paseo literario por el mundo a través
de autores y viajeros de hoy.*

CO#1 *Paisajes del mundo*

JAVIER REVERTE

CO#2 *El cuerno del elefante*

PACO NADAL

CO#3 *Postales del joven Moss*

ALEXANDER BENALAL

CO#4 *El camino cruel*

ELLA MAILLART

CO#5 *Del viaje como arte*

EDITH WHARTON

CO#6 *Crónica japonesa*

NICOLAS BOUVIER

CO#7 *En el barco de Ise*

SUSO MOURELO

CO#8 *El tiempo de las mujeres*

ÁNGELES ESPINOSA

CO#9 *Chuquiago. Deriva de La Paz*

MIGUEL SÁNCHEZ-OSTIZ

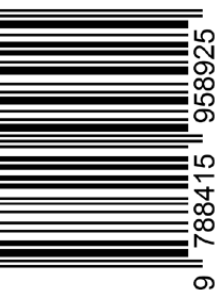
CO#10 *El ladrón de recuerdos*

MICHAEL JACOBS

CO#11 *Heridas del viento*

VIRGINIA MENDOZA

ISBN: 978-84-15958-92-5
IBIC: DNJ; 1DVUR



Mendoza se interesa por personas que se asoman a mundos extraños, personas que se mueven entre la investigación y la locura, el arte y el delirio, el estudio y la obsesión.

ANDER IZAGIRRE

Mendoza nos acerca a la historia de este país olvidado a través de relatos mínimos en los que el azar juega un papel importante, a partir de textos íntimos que nos envuelven como si se tratara de los cuentos de Las mil y una noches.

ÁLEX AYALA UGARTE

Armenia, el país en el que todo es posible; el país que, como eterna Arca de Noé, pone a resguardo de tempestades humanas y de las otras, variopintas especies de su cultura milenaria. Allí se convive con una historia extravagante en la que persas, árabes, mongoles, turcos y rusos han querido llevar el timón. Aún hoy Armenia, el viejo país de cuatro mil años, el primero de la cristiandad, el que ejerce de bisagra entre oriente y occidente, mantiene más del doble de su población en la diáspora. Ser armenio significa ser superviviente: guerras, invasiones, terremotos, masacres y un pavoroso genocidio que se llevó un millón y medio de vidas, según sus cuentas.

Este libro habla de historias imposibles, pero ciertas. Personajes que levantan hoy el país con mucho amor y mejor humor. Virginia Mendoza entra en sus casas y comparte mesa con algunos de los últimos supervivientes de ese genocidio, visita a los yazidíes que rinden culto a Melek Taus, el Ángel Pavo Real, o a los cristianos molokanes, bebedores de leche; habla con la viuda del constructor de un templo subterráneo para salvar a la humanidad del fuego; nos presenta a los homenajeadores de Jachaturian y a la nieta de una esclava. Voces sabias, a veces llenas de melancolía, pero siempre esperanzadas. No deja de ser una ironía amarga que el símbolo de su identidad, el monte Ararat, esté del otro lado de la frontera como emblema de la presencia de una ausencia. Pero «no intentes comprender. Esto es el Cáucaso», dicen por ahí.

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones